

..... Y las horas pasaban con los días, y los días con los meses, y los meses con los años, y allá en México ni una revuelta que acuse virilidad, nada; ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armonías de taberna, de garito y de cuartel.—*Memorias de D. Sebastián Lerdo de Tejada.*

Señores :

El pueblo mexicano era una mansión de ilotas. Su fértil suelo, un cepo de tormentos. Las entrañas de sus ricas minas, tumbas lóbregas e ignoradas para el indio y el criollo; y su comercio, un mercado judaico monopolizado por los blondos lacayos de un monarca europeo.

Sí, señores: esta grande y soberbia raza de que somos retoños, estaba sojuzgada. Hubo un día en que hombres atrevidos llegaron a nuestras costas, y, quemando sus naves, marcharon en son bélico al interior del país desconocido que les brindara tesoros inmensos, campos vírgenes, tierras de promisión. Y lucharon. Hábiles guerreros, desconcertaban a las falanges indias con

un movimiento cualquiera de estrategia vulgar. Suspicaces políticos, introducían discordias entre nuestros sinceros y francos antepasados. Asutidos por temperamento y acomodaticios por necesidad, arrojaron unas contra otras las distintas tribus de Anáhuac; y ambiciosos por herencia, se cebaron en el rico botín del vencedor, llegando hasta la ignominia de atormentar al colosal Cuauhtémoc, para arrancarle el secreto de los fantásticos tesoros de la corona azteca, en que soñaban saciar sus instintos de febricitante codicia por el vil metal. El Destino quiso que el atentado se consumara, y sólo la historia guardó el recuerdo de aquella edad hermosa en que una civilización idolátrica causó asombro a una civilización evangélica y cristiana. En efecto: los palacios indios fueron demolidos: los teocalis impíos fueron arrasados: la raza heroica condenada a la infamia de la cadena del esclavo, y los ilustres abolengos de aquella tribu de bronce, la rutilante gloria de aquellos estoicos paladines, la dignidad y nobleza de aquellos virreyes y señores de carcax y de escudo, fue substituída por la arrogancia de los iberos, por la rancia nobleza castellana y por las fantásticas leyendas de batallas ganadas por el Cid y D. Pelayo. . . . Toda una raza pasó al caos de lo primitivo o del pasado, para dejar el campo abierto a nuevas generaciones nacidas de dos pueblos y dos épocas.

¡La Conquista estaba consumada! Bajo la ley del privilegio y bajo el cartabón del estigma,

empezó a crecer la raza mexicana. Todos los vicios y virtudes del vencedor, con las virtudes y vicios del vencido, vinieron a nuestra raza, para más tarde separarnos en patriotas y traidores, en libertarios y liberticidas.

¡El pueblo mexicano era una mansión ilotas! ¿Qué importaba a nuestros nuevos progenitores nuestra cuita? Nada. Ambición. Riqueza a toda costa. Títulos y abolengos. Dominación y grandeza. Era lo único que leía la raza en la bandera de aquella legión heredera de hombres de hierro que acaudillara un día Hernán Cortés, y entre tanto... la historia podía decir lo que Lerdo de Tejada dijo más tarde: "las horas pasan con los días, los días con los meses, los meses con los años, y acá en México ni una revuelta que acusara virilidad, nada de ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armadas de taberna, de garito y de cuartel," con un acompañamiento lúgubre de lamentos y de cadenas. Sí, señores. Una inmensa orgía era la Patria. Los dominadores tenían conventos para su bella juventud y prostíbulos para sus esclavas. Escuelas para sus vástagos y campos yermos que fecundar para sus siervos. Dinero para sus festines, y exigencias y mendrugos de pan negro para sus víctimas. Altas dignidades para sus inteligentes y un ignominioso escalafón bajo para nuestros soberbios pensadores. Brillantes vestidos, costosas espadas, bizarras armaduras y grandes honores de mando para sus martires sangui-

narios y una baja y denigrante jerarquía para nuestros abnegados guerreros. En fin, señores, todo lo bueno de la civilización para el blanco; todo lo rico de la mina, del campo, de la floresta y de la campiña, para el amo; todo lo ignominioso, todo lo duro, todo el desecho y lo ruin, para el indio y el criollo. El privilegio en todo su apogeo. El despotismo en toda su pujanza. Esa era la herencia de los hijos de Anáhuac. Pero bendita distinción, señores, si se atiende al resultado bienhechor. Porque de esa servidumbre surgió el odio de razas que al explotar fue terrible e inexorable. De él nació la idea de reivindicación, y en un día de gratas remembranzas, cuya fecha recordamos hoy, encarnaron todos los dolores de la raza vencida, despertaron todos los rencores amortiguados, germinaron los vientos sembrados por los dominadores y surgió la tempestad. La libertad nació en América, y era bautizada con sangre de patriotas y ofrendada fue con despojos palpitantes de apóstoles sublimes. Ya sabemos cómo pasaron aquellos hechos gloriosos. Ya hemos contado y admirado el sinnúmero de rayos de aquella tormenta gloriosa que paseó por América, decapitando tiranías, derrumbando tronos y prendiendo estrellas luminosas en nuestro cielo patrio, para que alumbraran más tarde la aurora de nuestros días trágicos, en que, agobiados por los grandes males, nos lanzáramos airados a los campos de lucha reivindicadora, pidiendo Liber-

tad como en 1810, Derecho como en 1857, y Justicia como en las postrimerías gloriosas de 1910 y principios de 1911. Sí, señores: Hidalgo, Morelos, Galeana, Matamoros, los Bravo y demás pléyade ilustre de padres putativos de una raza esclava hecha libre, de una raza envilecida hecha noble y grande, nos dieron Patria. Fuimos libres. Ya no teníamos dueños como las bestias. Pero, señores, teníamos aún pastores como los rebaños. Nadie podía ser libremente un ciudadano, porque no sabíamos serlo y porque se nos negaba tal derecho. Borrascosa fue la vida de nuestra Patria, en la primera época de su emancipación. Luchaba entonces por darse un gobierno que llenara sus necesidades y satisficiera sus anhelos, surgiendo de esta lucha embrionaria la República. El pueblo se juzgó soberano y no obstante su costumbre de respetar y venerar a los reyes, decapitó al primero de sus hijos, que se dió ese nombre, demoliendo así radicalmente los cimientos del solio. De largo pasará por esta vía dolorosa de nuestros antepasados, recordando sólo que en esa segunda época de luchas, surgieron también hombres tan grandes y soberbios como nuestros caudillos de Independencia, que con su valor militar, con sus proezas, con su talento y con su abnegación, nos legaron un Código de sabias leyes, determinando los Derechos individuales, marcando límite al poder y trazando el “hasta aquí” al abuso, salvándonos, además, de las garras de una nación extraña que preten-

diera imponer su voluntad en este suelo santo de nuestros padres, enviando muchos miles de bayonetas, que fueron vencidas y humilladas de uno a otro confín de nuestro Continente.

Con esta epopeya, se determinó nuestra soberanía. Y entonces se nos tuvo por pueblo culto. Se nos respetó como potencia en el concierto universal, y centenares de manos del Nuevo y del Viejo Mundo estrecharon con satisfacción la nuestra. Éramos, al fin, pueblo libre y pueblo soberano. ..

Como natural consecuencia de aquel largo período de agitación continua, y en virtud del agotamiento nacional, producido por tan abundante sangría, vino un período de quietud bajo un régimen despótico. Las energías patrias fueron siendo encadenadas y oprimidas, conforme se iban vigorizando, y si en algunos puntos llegaron a ponerse de manifiesto los impulsos libertarios de nuestra naturaleza; si alguna vez se alzó el clamoreo de la protesta viril, la mano del despotismo, prohijado en el período de quietud, ocurría pronta y ahogaba diligente todo signo de vida. A este período se llamó paz porfiriana, porque Porfirio Díaz aprovechó el cansancio de las multitudes, para sostener el quietismo de que os hablo, y asesinó para ello caudillos ilustres, encarceló patriotas inmaculados, borró del catálogo viviente verdaderos apóstoles de la libertad. Hizo más: entregó a la Patria en manos de inmundos mercaderes, que prostituyeron al pueblo en asquerosas bacanales, que compraron un

numeroso grupo de lacayos, para convertirlos en tiranuelos de provincia y de pueblo, y, no contentos con eso, vendieron a la Patria. ¿Pruebas? ¿Para qué, señores, cuando en todas partes se clamaba justicia sin obtener otra cosa que persecuciones? Cuando se pedía pan y sólo había despojos incontables. Cuando se pedían garantías y se nos contestaba con la ley fuga. Cuando se solicitaba trabajo y se nos arrancaba al hogar y al terruño, para mandarnos a cubrir las bajas de un ejército de parias. . . . ¿Pruebas? El vasto campo nacional, desde sus linderos imaginarios hasta sus más dilatados horizontes. Desde Bahía Magdalena, Islas Marías, el Chamizal y la Sautaña, hasta Yucatán, Istmo de Tehuantepec, vírgenes sierras de nuestros tarascos y ricas minas de nuestros trópicos. . . . ¿Más pruebas? No, señores; hoy, como en 1810, el pueblo mexicano era una mansión de ilotas. La Libertad, concubina del dictador; la Ley, manceba del cacique; la Constitución, traje de luces para los esbirros; los poderes, herencia de los escogidos; los empleos públicos, patrimonio de los bribones, y los honores nacionales, premio de los serviles y de los lacayos. Por ahogar en sangre a los libertarios de Valladolid, Yucatán, se ascendió a generales del Ejército Mexicano a los tigres Gonzalo Luque y Juan N. Navarro. Por matar vilmente a los viriles obreros de Río Blanco y sepultarlos casi vivos, se hizo grande al general Rosalino Martínez. Y por burlar al pueblo, por oprimirlo

y vejarlo, estaban nombrados gobernadores eternos los veintisiete sátrapas que humillaban su cerviz de eunucos, desde sus solios insulares ante el hijo espurio de la raza de Juárez y Cuauhtémoc. Y entre tanto, “las horas pasaban con los días, los días con los meses, los meses con los años, y aquí en México ni una revuelta que acusara virilidad, nada; ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armonías de taberna, de garito y de cuartel”. . . . La Patria en letargo, la Libertad presa, la Justicia ausente, y los hijos de Anáhuac mirando tristes, pero impávidos, la noche del deshonor patrio y la agonía del civismo.

Pero ahora, como entonces, el dolor nacional tuvo su colmo. La paciencia del pueblo fue agotada. El privilegio reinante enconó los ánimos, y las clases, la favorecida y la vilipendiada, se encontraron de pronto frente a frente. Insolente una, colérica y resuelta la otra. Estando la opinión pública en ese estado de tensión y de encono, vino la burla cruel de los mandatarios, zahiriendo la susceptibilidad de las muchedumbres, pues se trató de implantar, para siempre, el sistema dictatorial. Es decir: hacer eterna la penuria nacional; echar para siempre más allá de nuestras fronteras, a la Diosa Justicia; tomar de una vez y para siempre, el rico territorio de Anáhuac y hacer de él la herencia de unos cuantos; repartirse a los mexicanos como botín de guerra en la época de la barbarie, y, en una palabra, imponer como amo a un asqueroso enfermo,

para de un paso llegar a la ignominia. Pero no, conciudadanos, mil veces no. La sociedad había reaccionado, el pueblo rugía sordamente, los caudillos estaban ya en la lisa. . . . y, sin embargo, se buscó aún el medio pacífico para evitar el conflicto, y el Mesías portador de la buena nueva fue encarcelado y los apóstoles del evangelio democrático perseguidos. ¿Qué restaba entonces? La lucha armada; la guerra santa que lleva la justicia por norma; el incendio que purifica; la devastación que aniquila; la muerte que ennoblece. Sí, era preciso atravesar una tupida selva de bayonetas, para llegar hasta el tirano, y por eso el pueblo, frenético, gritó, como nuestros ilustres antecesores en Dolores y en Ayutla: “muera el mal Gobierno,” “abajo la tiranía”. . . . y carabina al brazo, con el valor incomparable del mexicano, se enfrentó con dieciocho mil bayonetas para, palmo a palmo, llegar hasta muy cerca del dictador; de tal manera que éste, cobarde como todos los tiranos, tembló de espanto al ver las órbitas fulgurantes de aquel monstruo y los millares de bocas que vomitaban fuego con dirección a su cabeza. ¡Pobre! En su extravío pidió gracia para dejar el solio. . . . y la revolución, señores, la revolución que había tenido que dejar regueros de sangre generosa en su ruta y cubierto de cadáveres de mártires su camino, oyó clemente los ruegos del tirano, y le perdonó la vida, y le dejó libre, y le dejó potentado, para hacerse más grande y más sublime.

“¿Y qué de todo esto?” preguntaréis, y yo os respondo: la ciudadanía efectiva. El poder reunarnos como estamos aquí y el poder hablar como lo hemos hecho. Pues ese, señores, es el precio de las recias batallas que ha muy poco ensordecían a la República. Esta nuestra gran conquista del siglo XX y el inestimable bien que nos ha de permitir llevar una vida tranquila de progreso real. Esta la herencia santa que dejamos a nuestros hijos, a quienes llenos de orgullo podemos decir: esta ley había sido humillada y yo la levanté; la Justicia que ahora te protege era un mito y yo la reivindicué. Esta democracia que te une estrechamente con el rico honrado, con el labriego generoso, y con el inteligente industrial, era una bella mentira escrita en nuestras leyes y yo la he tornado realidad. Esta libertad con que oyes analizar los actos de tus representantes en el poder público, tu voto para elevarlos y tu derecho para discutirlos, joyas eran sepultadas en el pantano de la ignominia, y yo y mis hermanos peleamos en los campos de batalla, dimos mucha sangre de nuestras venas y sufrimos penalidades mil para legarlas a ustedes como mágico amuleto para la salvación de la Patria. Y ellos, señores, no podrán decir como clamaba yo hace dos años, en una fiesta como ésta, no, miento, en una fiesta en que nos hacíamos la ilusión de celebrar la libertad y autonomía de nuestra Patria, “. . . vemos la miseria que acosa al andrajo, y nos dolemos, pero no lo remedia-

mos; vemos la violencia del de arriba, y nos encendemos en ira, pero no le castigamos; vemos la injusticia, y la toleramos; vemos la inercia, y la dejamos que cunda en las masas y las lleve insensiblemente al caos, de donde quizá no haya quien más tarde las arranque.” Pero no, ya no más lamentos. Ya no más quejas. Nuestros hijos serán siempre prósperos, siempre libres, siempre generosos y siempre grandes. Ellos no tendrán más necesidad de caudillos ni les será forzoso enlutar a la Patria con guerras civiles, puesto que ya nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos, hemos conquistado para ellos libertad en 1810, derechos en 1857, y ciudadanía en 1911.

Y por eso de hoy en más, ya no será la Patria una mansión de ilotas, ni escucharemos la voz terrible de la historia, pregonando las orgías de cuartel y de taberna en que se encenegaba el pueblo, sino que, en el limpio cielo de América se escuchará la epopeya gloriosa de la libertad, el himno santo del trabajo y la apoteosis de una efectiva democracia, que una íntimamente a todos los mexicanos para llegar, así, a la altura de las grandes naciones del mundo.

Porque ese, señores, fue el sublime ideal del Padre Hidalgo.

Dije.